

Marcel Achard me dijo un día:

—La imaginamos mejor en la cama de un hospital que un diván capitoné... Se viste en Fath, se riza el pelo, tiene un cocinero chino, vive en el Bois, lee a Homero. Pero el visón, en ella, se transforma en conejo. Los bucles le dan un aire de niño perseguido. El «chalet» del Bois parece un decorado de teatro que va a romperse. El cocinero parece un «extra» en una comedia... Y Homero la enseña que, nueve siglos antes de Jesucristo, los poetas también cantaban al dolor.

Hace menos de veinte días, asistí, en el Olympia, al debut de Edith con Teo Sarapo. Aparecieron, cogidos de la mano, vestidos de negro, y cantaron «¿Para qué sirve el amor?» Francia entera tiene ya este disco. En todas partes se oyen las dos voces, una preguntando —la de Teo—, otra contestando —la de Edith— qué es el amor... El teatro, sbarrotado, guardó un impresionante silencio. Ella es quien termina la canción, mirándole, y diciendo: «Eres el último. Eres el primero. Tú eres el amor. Eres lo que yo esperaba, lo que yo deseaba, cuanto yo necesitaba. Antes de ti, nadie. Después de ti, nadie. Tú eres el amor.»

Ya están casados. Pasaron la noche de bodas en la gran casa del Bois de Boulogne. Edith, días antes, había dicho a los periodistas: «Estoy viviendo en un hotel, mientras desinfectan mi casa de tantos fantasmas de amantes, de orgías, de drogas. Quiero borrar toda mi vida pasada. Un sacerdote bendecirá cada habitación... Y sólo volveré, con Teo, cuando estemos casados.»

A quien escribió una vez que la Piaf tenía sólo los aplausos para romper el espantoso silencio de su alma, yo diría que, hoy, tiene algo más. Tiene ese amor al que siempre ha cantado con voz dramática y apasionada, ese amor que le ha fallado durante su vida, una y otra vez, dejándola siempre sola. Esperemos que sea definitivamente, y hasta el final, feliz. Por ahora, sigue apareciendo cada noche en un escenario, de la mano de un muchacho alto, griego, que es su marido, y repitiendo:

«Tú eres el amor.»

A mí, esta pareja me inspira una extraña mezcla de ternura y de asco.

olaf de noruega en paris

Una de las noches que más gustaron a Olaf de Noruega, durante su recientísima visita a París, fue aquella de la gran gala de la Opera, en que pudo admirar un «ballet» que, si bien tiene más de quince años, sigue siendo uno de los tesoros del repertorio moderno; «Les mirages», de Serge Lifar. El rey felicitó efusivamente a la rubia Claude Bessy, que había bailado para él, y, sin soltar la mano de la



Olaf en París. El rey de Noruega ha disfrutado, libre de la Corte, sus vacaciones

artista, dijo: «No, no he sido víctima de una ilusión óptica. Esta noche ha sido la apoteosis de mi estancia en París.»

La mañana en que llegó Olaf a la capital francesa, fuertes detonaciones hicieron vibrar los cristales de todas las ventanas del hotel donde yo me hospedaba. ¿Qué ocurría? ¿Otra vez los disturbios entre franceses y argelinos, otra vez bombas de plástico, otra vez metrallas en las esquinas? Al salir, camino de los Campos Elíseos, se nos aparece la ciudad engalanada profusamente con arcos y banderitas. «¿Savez-vous?» —explica el taxista—. «Tout ça, c'est pour le...»

—«¿Savez-vous?» —explica el taxista—. «Tout ça, c'est pour le «machin» de Norvège...»

(Todo esto es para el fulano de Noruega...)

Lo dice sin asomo de desdén ni hostilidad, sin querer dar a la cosa demasiada importancia, con irrespetuosa simpatía. Tal vez con cierta impaciencia, propia del «parigot» familiarizado con visitas de jefes de Estado que vienen a complicar el tráfico...

Durante la representación —en la noche de su estreno— de «Bodas de sangre», y mientras escuchábamos la famosa «Nana» —«Duérmete, clavel, que el caballo no quiere beber...»— un actor me dijo:

—Cuando tengas niños y quieras que se duerman pronto, cántales la «nada» como la estás oyendo cantar ahora...

...

¿Por qué los franceses acogen entusiasmados el debut de Gloria Lasso, después de dos años de ausencia, y dicen: "Menos mal que ha tirado por la borda esas horribles y vulgares canciones españolas, esas españoladas"?

...

La semana de cine argentino no empezó con buen pie. En sesión de gala, patrocinada por la marquesa de Villaverde y a beneficio de los

damnificados catalanes, tuvimos la desgracia de ver «La cifra impar», totalmente pasada de moda, aburrida, larga, y —¡ay!— «a la manera» de Antonioni...

Uno de los personajes centrales de la historia era un pobre muchacho —Nico—, lánguido y tuberculoso, angustiosamente pelmazo, que moría al final... El público, correcto —demasiado, cosa que me sorprendió— hizo sonar unas palmas frías, heladas, cuando la palabra FIN apareció en la pantalla y pudimos respirar tranquilos. Pero uno de los espectadores «de las alturas» dio réplica espontánea a la última frase de otro de los personajes protagonistas. La frase —pronunciada en tinieblas, con voz hueca y dramática, por el galán— era ésta: «¡Nico, Nico, ¿por qué nos has hecho esto!» Y la voz del espectador, suspirando, repitió: «¿Por qué, Nico, por qué nos lo has hecho?»

Cuatro actores argentinos se levantaron silenciosamente de sus butacas antes de que la película terminase. Y les oí decir:

—Vamos a salir de prisa, que no se den cuenta de que somos argentinos...

...

Después del asunto Premio Planeta y de la reacción —no bonita, pero humana— de los editores Plaza-Janés con respecto a la novela de Concha Alós, el nuevo premio literario «Dos estrellas», instituido por Jorge Antonio —secretario de Perón— y ganado por Oscar Pin, ha tenido también sus «marejadas» de indignación, de descontento, de enemistades, de comentarios... Injustamente. Porque, en este caso, todo ha sido por parte de aquellos que no saben ni quieren perder. ¿Cuándo aprenderemos a perder? A perder con dignidad, a perder bonitamente, con una mirada limpia de rencor, con una sonrisa. En todos los juegos hay unos que ganan y otros —los más— que pierden. ¿Es que no lo sabemos? Cada cual quisiera salir por la ancha puerta de los triunfadores y sentir el peso —miente quien afirme lo contrario— de la corona de laurel sobre la

frente... ¡Perq sepamos perder, aprendamos a perder!

Me indignan y me estrictecen algunos ecos absurdos que he tenido después de la concesión del «Dos estrellas». Han llegado a decirme: «Tú has influenciado para que a Fulano de Tal no le diesen el primer premio. Lo sabemos. La noche anterior al fallo, estabas cenando con uno de los miembros del Jurado que, precisamente, habría apoyado durante la votación al mencionado concursante, y que cambió repentinamente de actitud a partir de aquel momento.»

—Señores, por favor! ¿Es posible que el juego sucio, el juego desleal, parezca a los demás tan a la orden del día? ¿En qué mundo estamos viviendo y qué significan estos cotilleos, estas ridiculeces, este tomar como en broma cosas que deben ser serias?

—Si supieras los jaleos que rodean siempre al premio literario! —me decía un gran escritor hace muy pocas noches—. Hay concursantes con cinco y seis recomendaciones... Concursantes recomendados particularmente a cada uno de los miembros del Jurado. No se dan cuenta de lo antipáticos que se hacen y de lo poco que consiguen cuando en el premio existe una seriedad y una justicia en torno al premio.

—¿Hay seriedad... y justicia?—pregunté entonces.

—Mucha más de lo que la gente cre. Gana el mejor. Recomendado o no. El que lo merece.

Yo haría una campaña grande, una apasionada campaña para echar por tierra la recomendación, en cualquier tipo de cosa. Si, que gane el que vale. Que gane el que merezca ganar. Limpiamente y sencillamente. ¿No es más bonito?

A propósito de premios y de novelas, he oído decir que la de Olano —segunda en el «Dos estrellas»— es buena, está muy bien escrita y ataca con furia a la sociedad española.

No conozco la novela. No conozco el argumento siquiera. No puedo opinar, pues, todavía.

NATALIA FIGUEROA



LA LINEA FLECHA

Vi la colección Christian Dior. Me pareció horrenda. Marc Bohan —el nuevo «delfín» de la casa de costura— iba explicándome los detalles, las características de los trajes creados por él. «Quiero la estilización, la estilización máxima... Por eso he llamado «Línea Flecha» a mi moda de invierno. Todo hacia arriba, todo como un suspiro...»

Demasiado suspiro y demasiada estilización. Los pobres maniques están deprimidos. Nada por delante, nada por detrás. Llevan el peinado «Carissima» —recién lanzado por Carita—, que consiste en un moño muy alto con tirabuzones sobre las orejas. El nuevo maquillaje de este año se llama, naturalmente, «Madison», y hace resaltar, antes que nada, los ojos. A Marc Bohan le gusta mucho. Encuentra que «va» muy bien con su línea. Frente a mí estaban Isabel y Ana de Francia, dos de las hijas de los condes de París, y una señora dijo, con aire entristecido: «Nuestras princesas no siguen, por cierto, la línea Flecha... Parecen amas de cría suizas...»

AU REVOIR, PARIS

HAN dicho adiós a Francia, durante estos días, dos hombres importantes de los Estados Unidos. Dos hombres guapos e inteligentes. Buena combinación y buena importación del país. Propaganda —y de verdad— para América. Que se lo pregunten a las damas francesas...

Estos dos hombres importantes son el general Gavin, embajador americano en París, y el general Nordstad, comandante de la OTAN.

Quince embajadores permanentes despidieron a Nordstad con tristeza y, reunidos todos en la Porte Dauphine, le entregaron una bandeja redonda, de plata maciza, con sus quince firmas grabadas.

Nordstad, uno de los hombres de moda en la ciudad del Sena, preferido y mimado por las señoras, dejó París. Dejó París y a sus muchos amigos. Con tremenda nostalgia. Pero antes, muy poco antes de su marcha, se retrató, así de serio y de condecorado, con su bandeja de las quince firmas. Es el recuerdo que se lleva.

